

ENSAYO*

LOS NUEVOS METODOS DE INVESTIGACION HISTORICA

Por José Angel García de Cortázar

Catedrático de Historia
Medieval. Universidad de
Santiago de Compostela

LA AMPLITUD y generalidad del título obliga a precisar de entrada el carácter y los objetivos de estas páginas. En ellas se trata de presentar, en forma resumida, el conjunto de elementos que caracterizan en la actualidad el quehacer del historiador, insistiendo, como el tema lo requiere, más en los aspectos del método que en los del concepto y, por supuesto, que en los de las técnicas. Este objetivo condiciona, por su parte, el carácter de la reflexión, en cuanto que si se trata de abarcar todas las etapas de la Historia y, dentro de ellas, toda la extensa gama de posibles temas, mi presentación de métodos

* BAJO la rúbrica de "Ensayo" el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes una colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto del tema general que se aborda a lo largo de doce meses. El tema elegido para 1975 ha sido la Historia.

En los boletines anteriores se han publicado: *La exposición en el campo de la Historia, nuevos temas y nuevas técnicas*, por Luis Suárez Fernández catedrático de Historia Antigua y Media en la Universidad Autónoma de Madrid; *Historia del Derecho e Historia*, por Francisco Tomás Valiente, catedrático de Historia del Derecho en la Universidad de Salamanca; *Corrientes historiográficas en la España contemporánea*, por José María Jover Zamora, catedrático de Historia Universal Contemporánea en la Universidad Complutense; *Demografía histórica*, por Felipe Ruiz Martín, catedrático de Historia Económica en la Universidad Autónoma de Madrid; *Historia de la ciencia e historia*, por José María López Piñero, catedrático de Historia de la Medicina de la Universidad de Valencia, *Categorías historiográficas y periodificación histórica*, por Juan José Carreras Ares, profesor agregado de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza y *la biografía como género historiográfico*, por Carlos Seco Serrano, catedrático de Historia Contemporánea de España de la Universidad Complutense.

Al finalizar el año estos trabajos serán recogidos en un nuevo volumen de la *Colección Ensayos*, editada por la Fundación Juan March en colaboración con la Editorial Rioduero.

deberá ceñirse a aquellos que resultan realmente comunes a todas esas posibles variantes, lo que, para ser exactos, quiere decir los métodos a partir de cuyos presupuestos se realiza o aspira a realizar hoy, de forma mayoritaria, la investigación histórica. Por supuesto, en muchas ocasiones, determinados métodos —e incluso, aunque menos frecuentemente, las técnicas de investigación que exigen— se derivan de muy precisos conceptos no sólo de la tarea historiográfica sino, incluso, de la conformación y evolución globales de la sociedad. Ello impide considerar como simplemente intercambiables los métodos a través de los cuales empalmar conceptos y técnicas de investigación históricos, pese a que, en el quehacer concreto, cada investigador pueda tender a una cierta simbiosis de los mismos.

Esta primera delimitación y caracterización de mi empresa nos pone en el camino de una inicial distinción entre concepto, método y técnicas de investigación histórica, en relación con la cual, y por lo que aquí respecta, bastará con una precisión que, si no exacta, puede ser, al menos, operativa. Así, por concepto vamos a entender la teoría global, la concepción general que sobre la forma y los mecanismos de evolución de la sociedad posee cada historiador, basadas en determinados principios, con frecuencia incluso de naturaleza filosófica, es decir, ajenos a los marcos específicos de la reflexión científica social. El método o los métodos son, en cambio, conjuntos de operaciones intelectuales que permiten reunir, sistematizar y valorar los testimonios históricos, ordenándolos con vistas a una interpretación de los hechos que describen o de los que son simples referencias. Por fin, las técnicas podemos definirlas como procedimientos concretos de tratamiento del material histórico reunido de acuerdo con un método, por lo que su condición es el de instrumentos, muy variados por supuesto, de la investigación. Si a nivel de estas últimas, la diversidad —en relación con temas y fuentes de las distintas épocas históricas— hace imposible su exposición sintética, no sucede lo mismo con los métodos, objeto del presente resumen, en el cual, sin embargo, y a modo de complemento imprescindible, será necesario referirse en ocasiones a las técnicas.

La base de partida de presentación de los métodos debe ser, por supuesto, la convicción de que su aplicación en el campo de la investigación tiene como objeto la captación del desarrollo histórico con la mayor verosimilitud y fiabilidad, con la intención de interpretarlo y no simplemente de describirlo de forma parcial. En ese sentido, es evidente que cada uno de los métodos, en parte utilizados de acuerdo con

criterios de escuelas de pensamiento, es decir, de concepto, puede proporcionar una visión parcial del conjunto de la sociedad, explicar un aspecto de la realidad o, simplemente, poner de relieve un cierto tipo de hecho, por lo que dichos métodos resultan, desde esta perspectiva, complementarios. Ello no debe hacer olvidar, sin embargo, que unos son más operativos que otros en cuanto consiguen iluminar mejor o más globalmente el hecho o el proceso que en cada caso interesa. Así, según los distintos campos de aplicabilidad del método que, por supuesto, no son herméticos, encontramos:

- A nivel epistemológico, la distinción entre método analítico y método dialéctico, cuya inicial diferencia es la diversa acotación de la realidad realizada por uno y otro. El análisis tiende a efectuar en aquélla recortes parcelarios y prudentes, dentro de los cuales las afirmaciones resultan menos comprensivas y más descriptivas; la dialéctica, por el contrario, aspira a entender la realidad de forma global, subrayando las dimensiones inteligibles de los fenómenos y procesos, a las que sacrifica las puramente sensibles, en un intento de potenciar, por encima de la exactitud de las descripciones, el campo de las asociaciones y relaciones mentales, incluso las contradictorias que acaban obligando a cambiar de esquema.
- A nivel de la representación global de la sociedad, la distinción entre método empirista y método estructural, cuya base de disenso se halla en la diferente valoración del papel jugado por las relaciones inmediatas entre los fenómenos como vehículo de interpretación de la realidad total. El punto de vista empirista estima, en efecto, que esta realidad puede ser captada al nivel exclusivo de aquéllas en cuanto conformantes, además, de una serie que debe disponerse cronológicamente para ser estudiada con un criterio exclusivamente diacrónico y bajo una concepción historicista. Por el contrario, el estructuralismo se basa en la convicción de la existencia de unas relaciones internas estables y características de un objeto, entendidas de acuerdo con el principio de prioridad lógica del todo respecto a las partes y explicadas a través de un punto de vista absolutamente sincrónico. En su misma línea, el método sistémico o sistemático aspira a construir un modelo o cuadro teórico adaptado al análisis de los sistemas socioculturales, entendidos precisamente como conjuntos de elementos en interrelaciones estructurales.
- A nivel de, lo que llamaríamos, grado de intensidad signifi-

cadora de los fenómenos sociales, la distinción se establece entre método cuantitativo y método cualitativo, siendo, por tanto, la precisión matemática o no de la frecuencia de un hecho el criterio definidor, respectivamente, de uno y otro. Es evidente que, pese a la indudable popularidad adquirida por la historia cuantitativa, las posibilidades de realizar ésta con un grado aceptable de fiabilidad se hallan severamente restringidas por la calidad misma de las fuentes que, hasta los últimos siglos, no han prodigado los datos numéricos susceptibles de tratamiento específico. Por su parte, el método cualitativo, sin medir su frecuencia, ha tratado de precisar el significado de determinados fenómenos y procesos basándose muchas veces —lo que es inevitable para la época preestadística— en síntomas y datos indirectos.

Cada uno de estos seis métodos, de estas seis vías de ordenación y valoración del material histórico, aparecen como intentos, de distinto signo y rentabilidad, de captación e interpretación de los procesos históricos, y reconocen previamente, aunque, como es lógico, en grados diversos, la existencia de todos o algunos de los elementos que, fundamentalmente, caracterizan a dicho material histórico: a) su condición de materia estructurada y pensable, como la propia realidad que la ha generado; según ello, sólo una realidad entendida como totalidad concreta que se convierte en estructura significativa para cada hecho o conjunto de hechos, permite que éstos pueden ser comprendidos racionalmente dentro de aquélla, aunque la reunión de todos ellos no signifique aún conocer la realidad; b) su indudable complejidad, en cuanto que la Historia aspira a convertirse en la ciencia global del conocimiento de la sociedad humana a través de los tiempos, lo que implica tener como objeto al menos simple de los seres existentes: el hombre; c) la posible inexactitud, parcialidad o ambigüedad de los testimonios que lo integran, debido a los condicionamientos conscientes e inconscientes o a las deliberadas falsificaciones de los encargados de transmitir aquéllos; y d) la historicidad y, por tanto, la cambiante situación de sus manifestaciones.

La insistencia con que se fijan en cada una de estas características, o el modo en que traten de solventar las dificultades específicas por ellas planteadas, definen las propias del método utilizado, y, por su parte, cada una de ellas aporta elementos al conjunto de exigencias previas de un método de investigación histórico, actual, correcto y eficaz, a las que, en el mismo orden de presentación, paso ahora revista.

a) Una concepción de la realidad y, por ello de la materia

histórica, como estructurada y científicamente pensable, incluye, por definición, la convicción de la posibilidad de utilizar teorías, modelos o hipótesis de funcionamiento parciales o globales, que permitan ir de lo históricamente conocido a lo desconocido, o, de modo más simple, establecer relaciones entre datos en apariencia completamente ajenos. Los tres instrumentos conceptuales aparecen como procedimientos operacionales del mismo tipo aunque, convencionalmente, les otorguemos distinto rango. Así, la hipótesis aparece como un principio supuesto para explicar o presentar inteligiblemente una serie de hechos cuyas relaciones no se comprenden claramente; según su grado de elaboración, la hipótesis puede expresarse de dos formas diferentes: la interrogación y la proposición. En el primer caso, la investigación conduce a formulaciones descriptivas en cuanto que, en principio, el investigador, por falta de información, no puede decidirse en uno u otro de los senderos abiertos ante él. En el segundo, que precisamente debe arrancar del final de la investigación a partir de las hipótesis-interrogación, el investigador puede llegar a formulaciones explicativas; realmente, es en este segundo caso cuando podemos hablar de hipótesis operativas en pleno sentido, ya que sólo cuando la hipótesis se formula como proposición estamos en el camino de responder a la cuestión planteada.

Normalmente, una hipótesis —cuyas condiciones de validez: verificabilidad, exclusión de todo juicio de valor, evitación de los efectos parásitos en la relación entre las variables, explicitación de los parámetros, no hay que olvidar nunca— es parcial, es decir, trata de apurar sólo una parte del objeto de estudio. Este, para ser cubierto en su totalidad, exige, por ello, toda una serie de hipótesis encadenadas de forma adecuada, es decir, precisa un modelo. Con este nombre se encubren en las Ciencias de la naturaleza y del hombre, al menos, dos sentidos principales: el modelo en tanto que representación esquemática de un objeto concreto y el modelo en cuanto teoría relativa a esta idealización, aspecto al que, por la propia índole de esta reflexión, me refiero aquí concretamente. En este segundo sentido, podríamos definir el modelo como esquema simplificado y simbólico destinado a proporcionar un marco de razonamiento riguroso para explicar cualquier género de realidad, o, lo que en términos operacionales sería lo mismo, conjunto de hipótesis coordinadas y sistematizadas que proporcionan una explicación provisional global del tema de estudio y sirve, por ello, de guía a la investigación. Por ese carácter global que se atribuye al modelo, hay que entender éste como mucho más que un simple

enunciado sistemático de hipótesis; realmente, comprende también la conceptualización, el análisis de las variables retenidas, la designación de las unidades de análisis y la propia técnica a emplear para la acumulación de los hechos y la verificación de las hipótesis. Constituye, en definitiva, la síntesis lógica de todos los elementos que intervienen en la investigación.

Este valor totalizador y representativo que se otorga al modelo parece exigir, en cierta manera, para su puesta en práctica su aplicación a estructuras matematizables, o siquiera cuantificables, que permitan fijar el valor aproximado o cierto de las variables y parámetros a utilizar. Sin embargo, en las Ciencias Sociales, más específicamente en la Historia, el investigador opera cada vez más con modelos, aunque éstos muchas veces no pueden ser cuantitativos, ya que se aplican a una totalidad que incluye factores psicosociales, difícilmente medibles, sino, simplemente, cualitativos, que resultan, por ello mismo, mucho más fluidos y complejos que los de otras Ciencias. Ello es evidente y lógico en cuanto que el modelo histórico no sólo aspira a ser la representación formal de varios elementos estructurales en sus relaciones, sino también en sus contradicciones y sus influencias recíprocas, y todo ello en constante movimiento e inserto en los diferentes ritmos de tiempo histórico, lo que agrava, singularmente, las dificultades. Estas, por tanto, se acrecientan porque, como ningún "caso" escogido como tema de investigación está conforme a un modelo de conjunto puro, cada "caso" puede tener su propio modelo, con lo que el nuevo instrumento de investigación viene a resolver, igual que las hipótesis, aspectos parciales de la evolución global de la sociedad, cuyo conjunto sólo cabe interpretar desde la perspectiva de una hipótesis totalizadora a la que, para evitar confusiones terminológicas, denominamos teoría, y a la que me he referido líneas arriba identificándola con el concepto.

La inclusión del empleo habitual de hipótesis y modelos en los nuevos métodos de investigación histórica es índice de que nuestra ciencia ha cubierto una importante etapa, de carácter epistemológico, en lo que a la delimitación y fijación de las unidades menores objeto de su estudio se refiere, es decir, en la consideración del hecho histórico. En efecto, si estimamos que el modelo contiene una representación formal de unos elementos estructurales, dentro de la cual aquéllos se hallan en mutua relación, de modo que cada uno resulta inexplicable sin todos los demás o, más exactamente, sin ese conjunto de relaciones, estamos admitiendo, tácita o expresamente, la existencia de unos elementos inteligibles por sí

mismos, que se relacionan a través de unos hechos igualmente inteligibles. Ahora bien, para que aquéllos adquieran esta calidad es necesario que sea el propio investigador quien los construya a partir, por supuesto, de todo tipo de fuentes —escritas, arqueológicas, geográficas, etc.— y, sobre todo, de la convicción de que el hecho histórico no es, como pensaba la tradición positivista, un dato en bruto sino un encadenamiento que cobra sentido en un conjunto, en cuanto que, por un lado, lo individual y específico no está en el dato aislado sino en la conexión irreplicable en que se da, y, por otro, precisamente por ello, que tal dato juega en la realidad, de forma simultánea, el triple papel de síntoma, consecuencia y factor de un desarrollo histórico, en que aparecen permanentemente interrelacionados tanto los propios hechos como los distintos papeles que cada uno puede jugar en aquél.

b) El reconocimiento de la complejidad de la Ciencia histórica, como proyecto global de conocimiento del hombre en la sociedad en evolución a través de los tiempos que es, reclama inmediatamente la urgente necesidad que los nuevos métodos de investigación histórica tienen de una relación interdisciplinar y, por ello mismo, de un trabajo en equipo, únicos medios de obtener, con cierta rapidez y fiabilidad, la transferencia de métodos y los elementos humanos y materiales que exigen los cada vez más complejos y costosos proyectos de investigación. Ambas características, pese a figurar como axioma de las actuales empresas investigadoras, continúan siendo más un deseo, un sugestivo proyecto, que una realidad operativa, lo que, salvo raros casos, ha traído como consecuencia que, en buena parte, la interdisciplinariedad se conciba de hecho como una simbiosis, a título casi exclusivamente individual, de las aportaciones de las distintas Ciencias. Ello puede hacer inevitable un fortalecimiento de esas interpretaciones unilaterales del acontecer histórico, que han estimulado todas las hipertrofias que la moda ha traído periódicamente al campo del conocimiento histórico: religiosismo, determinismo geográfico, economicismo, sociologismo, demografismo, etc.; y ello no por un convencimiento metodológico, del que, como está claro, cada vez distan más, sino por la simple imposibilidad individual de acometer global y totalizantemente una investigación histórica dados los presupuestos, epistemológica y metodológicamente más ricos, con que van contando cada día las disciplinas de que habrá de servirse. En definitiva, todo ello constituye un riesgo permanente que amenaza con dotar a las investigaciones de un nuevo aliento positivista en que el acento haya cambiado de lugar, trasladándose de los acontecimientos políticos a los

económicos y sociales, sin alterar, por ello, la sustantividad de su enfoque.

Estas consideraciones marcan, por tanto, la necesidad, límites y riesgos de la relación interdisciplinar, y, por su parte, los nuevos modos de hacer investigación histórica, al proclamarla imprescindible: subrayan el deseo de elaborar una Historia total, en que cada parcela de la actividad humana sea tratada con la fineza de unos métodos y unas técnicas específicas; aspiran a verse enriquecidos con la ampliación no sólo de campos de información sino con la de los propios métodos de otras Ciencias sociales; y, sobre todo, sueñan con hacer realidad la coherente y jerarquizada integración dinámica de los distintos hechos históricos en busca de una interpretación totalizadora del acontecer del hombre en sociedad. Todo ello hace inevitable y deseable que, al margen de las posibilidades de interdisciplinaridad y trabajo en equipo, cada investigador, personalmente, amplíe su campo de conocimientos, métodos y técnicas en beneficio de la ciencia que cultiva.

c) La sospecha de inexactitud, ambigüedad o parcialidad de los testimonios que constituyen el material histórico sobre el que trabajar lleva a los nuevos métodos de investigación a aplicar con rigor técnicas de análisis y crítica de los datos a manejar. En ese camino, tal rigor se aplica no sólo a los textos escritos (en su más hipercrítica versión positivista) o los datos cifrados, sino que, con la mayor frecuencia, en especial cuando se trata de testimonios de tipo cualitativo, afecta a las mismas personas que los crearon o transmitieron en cuanto que, gracias a las aportaciones de la Antropología, la Etnopsiquiatría, o simplemente, la Sociología, cada vez se precisa con mayor cuidado sus condicionamientos personales y sociales y su universo cultural y mental; finalmente, y por las mismas exigencias de crítica, la investigación aspira a retener la frecuencia con que cada fenómeno se ha repetido, en un esfuerzo cada vez más divulgado de cuantificación social, que afecta tanto a datos que las fuentes han retenido en forma cifrada (historia cuantitativa) como a hechos o procesos puramente cualitativos cuya significación se aspira a deducir, entre otros medios, de su frecuencia.

El desarrollo de estas dimensiones de la exigencia crítica ha traído como consecuencia el fortalecimiento no sólo de una serie de técnicas de fijación de textos (entre las que se incluye el empleo de ordenadores) sino de las propias ciencias auxiliares tradicionales de la Historia —Diplomática, Arqueología, Numismática— y de otras nuevas en su aplicación a aquélla. De todas ellas, sin embargo, una presentación somera

de los nuevos métodos de investigación, como es el objetivo de las presentes páginas, debe subrayar la importancia operacional y el prestigio adquirido por la Lingüística, en cuanto, por un lado, subviene las exigencias de precisión conceptual y terminológica que toda ciencia busca, y, por otro, sus progresos metodológicos han estimulado a los cultivadores de las otras Ciencias sociales a dar entrada a algunas de las técnicas por ella utilizadas, en especial las Matemáticas. La acelerada introducción de éstas y la rápida universalización de su empleo constituyen, sin duda, una de las características más significativas de los métodos actuales de investigación en Historia, cualquiera que sea la época o el tema sobre el que versen. Por supuesto, el nacimiento y desarrollo de lo que se han llamado Matemáticas sociales están en relación, por un lado, con el fortalecimiento de la convicción de la existencia de sistemas y estructuras —y no sólo en las esferas de las Ciencias de la Naturaleza— expresables en términos matemáticos y, por ello, reducibles a las esquematizaciones de los modelos teóricos, y, por otro, con la consolidación de un tipo de investigación histórica, más interesada en los procesos sociales globales; en ella se interpreta que el protagonista no es tanto el hombre cuanto los grupos de hombres e incluso la sociedad en su conjunto, y, por ello, está más atenta a los grandes números, que la orientan sobre los comportamientos colectivos, que a los testimonios que aclaran los destinos individuales. A partir del doble convencimiento de la utilidad y necesidad de las precisiones lingüísticas y matemáticas, han comenzado a variar las propias técnicas de investigación en cuanto que se ha propendido progresivamente a crear modelos de análisis que, reduciendo las complejas relaciones sociales a oposiciones binarias, permiten su tratamiento de forma mecánica, se cuente o no con la ayuda de ordenadores, lo que explica la frecuencia e intensidad de la aparición de estadísticas y gráficos en la mayor parte de los actuales trabajos de investigación histórica.

d) La firme creencia en la historicidad de las creaciones humanas y, por tanto, en la cambiante condición de sus manifestaciones ha obligado a incluir en el bagaje de los nuevos investigadores de la Historia una precisa exigencia: la de una extremada sensibilidad tanto a los distintos ritmos del tiempo histórico como a la posible contemporaneidad y coterraneidad de expresiones históricas que, en puridad, se atribuyen a épocas y espacios distantes. Este doble polo de interés metodológico, sin duda el más difícil de captar por ser el menos reducible a los esquemas de un modelo, a menos que éste incluya un alto número de variables cualitativas, es,

en cambio, el definidor por antonomasia de la específica tarea del historiador, en cuanto dota a su empresa del elemento dinámico que más acusadamente la distingue con respecto a las realizadas por otras Ciencias sociales. En resumen, se trata de que la investigación histórica se empeña en distinguir entre las constantes, los tiempos largos, las coyunturas a plazo medio y los acontecimientos o tiempo corto, cada una de cuyas unidades temporales es escenario y, a la vez, mide procesos o fenómenos de diferente complejidad y significación global, lo que, al estar insertos unos en otros, dificulta la tarea de su delimitación y, en consecuencia, de la fijación de los protagonismos en el desarrollo histórico. Por el otro lado, la sensibilidad a la contemporaneidad y coterraneidad de manifestaciones históricas aparentemente distantes trata de expresarla la investigación mediante la captación, cuidadosamente matizada, de los diversos grupos, subgrupos e incluso individuos, que, con o sin comportamientos sociales superficialmente similares, van provistos de distintos medios y objetivos pese a que, a veces, pueden quedar enmascarados bajo una cómoda, generalizadora e inexacta denominación englobadora. Ambos conjuntos de exigencias son los que, en definitiva, obligan a la investigación histórica a pronunciarse sistemáticamente con la mayor exactitud cronológica (no sólo sobre la fecha de un suceso sino, sobre todo, acerca de su inserción en el ritmo de tiempo que lo hace significativo), geográfica (distinguiendo los diversos escenarios y sus condicionantes físicos o adquiridos en una historia anterior) y, desde luego, sociológica (con la precisión de los intereses, decisiones y objetivos, a corto, medio y largo plazo, de los grupos, subgrupos e individuos de la comunidad social protagonistas del proceso histórico).

La correcta puesta en práctica de este conjunto de exigencias metodológicas, derivadas de un concepto moderno de la tarea de investigación histórica, pone, normalmente, ante el historiador, un material ordenado, que, según el grado de agudeza en la formulación de hipótesis-proposiciones y de globalidad en la construcción de modelos, estará más o menos dispuesto para la síntesis. En ese camino, unas veces tendrá hechos establecidos, otras, simplemente, razonamientos que puedan empalmarlos, pero, en cualquiera de los casos, corresponde al historiador —y es otra de las exigencias más acuciantes de la moderna investigación— establecer su dimensión o significación objetivas, midiendo su frecuencia, intensidad, variaciones, en suma su esencia y su importancia relativas, a la búsqueda de síntesis parciales en que las proposiciones describan bajo todos los ángulos y constaten todas las

dimensiones de los procesos. Sólo a partir de ellas podrá pasarse sucesiva e inmediatamente a las proposiciones explicativas que permitan transitar de la descripción, por muy exhaustiva que sea, a la interpretación que, a su vez, habrá de convertirse en una nueva teoría explicativa, punto de arranque de nuevas hipótesis y modelos.

En este proceso integrador de los datos, la nueva metodología histórica ha potenciado, en los últimos años, el desarrollo de un procedimiento, la cartografía, que cumple, simultáneamente, dos funciones: por un lado, el establecimiento de relaciones puramente mecánicas entre informaciones individuales, y, por otro, la formulación, en ocasiones óptima, de cada uno de los sistemas de relaciones establecidas, lo que quiere decir que la cartografía facilita el tránsito de la pura descripción a la interpretación de los fenómenos en cuanto que favorece la fusión en el cerebro de imágenes correspondientes a uno o más sistemas relacionales. En este sentido, puede decirse que la plasmación cartográfica es en sí misma, o puede serlo, un resultado, una síntesis de relaciones puramente mecánicas codificadas previamente; ello explica la universalidad de su aplicación a los más variados temas y problemas hasta el punto de que hoy la investigación histórica parece empeñada en demostrar que todo es cartografiable, tal es la difusión adquirida por este procedimiento.

Ahora bien, la técnica cartográfica, como cualquier otra que aspire a cumplir una tarea de integración de los datos establecidos, aunque en su empeño lleguen a resultados más o menos exhaustivos, debe subordinarse a los requisitos teóricos de las hipótesis de trabajo, a propósito de las cuales convendrá insistir, una vez más, que constituyen el elemento más significativo de los nuevos métodos de investigación histórica, y, en definitiva, el único que puede permitir a aquélla llegar a su último destino: el establecimiento de una teoría explicativa del proceso o del fenómeno que estudia. En ese sentido, la teoría aparece, al final de la empresa investigadora, como resultado, enriquecido y contrastado, de la inicial teoría que la puso en marcha. Desde el nuevo nivel alcanzado, se espera que cubra un triple objetivo: la sistematización de los conocimientos adquiridos, en cuanto que integra en un todo ordenado los datos obtenidos por la investigación científica y los expone metódicamente; el establecimiento de relaciones lógicas entre hechos que permitan comprender o explicar la historia de la sociedad o un aspecto de la misma; y, finalmente, la construcción de un esquema de conceptos e hipótesis que lleguen a explicar también las situaciones o evoluciones reales a descubrir en ulteriores investigaciones.

Aunque la teoría resultante de cada empresa investigadora cumple simultáneamente estos tres objetivos reseñados, el historiador aspira a que, en principio, en el estudio parcial en que se halla empeñado, le sirva de interpretación global. Esta, por su parte, puede realizarse, y de hecho se realiza, desde varios puntos de vista, cada uno de los cuales corresponde a un modo peculiar de concebir el sistema social; ello quiere decir que, aun admitiendo como condiciones universales de toda explicación válida las de exhaustividad, exclusión del azar e irremplazabilidad, cada concepción de la historia desarrolla postulados explicativos diferentes (genético o subrayador de la sucesión de hechos; funcional o de su interdependencia; dialéctico o de sus oposiciones; proyectivo o de las relaciones del actor y sus acciones o ideas), cuya elección se plantea, en el fondo, desde el comienzo de la empresa investigadora. Realmente, la investigación histórica actual está demostrando cada día cómo la perspectiva global escogida condiciona la totalidad del proceso investigador: sin contar que, en buen número de casos, puede influir en la propia elección de los temas de estudio, ella construye el modelo teórico, influye en la formulación de hipótesis, domina la selección de los hechos y su clasificación, la construcción de tipologías, la integración de los datos y, como hemos visto, la adopción de los postulados explicativos, por sí mismos parciales y complementarios, aunque, sin duda, según lo que, en cada caso, deseamos saber de ella, unos objetivamente más reveladores de la realidad que otros.

Cualquiera que sean los postulados sobre los que se basa, cualquiera que sean las formas —diacrónicas: causalidad, evolución, fuerza motriz; sincrónicas: relación funcional, causalidad circular— que adopte, cualquiera que sean las técnicas —comparación, construcción de evoluciones irreales, aproximación pluridisciplinar, análisis funcional o multivariado, etc.— que utilice, la explicación, última instancia en el proceso de estudio, opera siempre por niveles sucesivos: de un hecho simple a otro complejo que engloba al primero, —que, a su vez lo desmenuza y analiza—, de una teoría sectorial a otra global, y, en cada nivel, se espera que el investigador sea capaz de precisar, en el conjunto de la interpretación, los factores realmente operativos del desarrollo histórico, los protagonistas de cada momento, los vencedores y los vencidos y los costos sociales de su victoria o su derrota, aspectos todos ellos que, en cada caso, pueden estar, por supuesto, en compartimentos sociales distintos, lo que invita, al menos, a prescindir de unilaterales simplificaciones.

Es evidente, en conclusión, que si entre todos los elementos del acontecer histórico se reconoce no sólo la trivial interrelación mecánica sino una relación dialéctica, cabe exigir de la interpretación que ofrezca el historiador —y en busca de ello van los nuevos métodos de investigación— la precisión de la jerarquía de preeminencias y protagonismos que, a su juicio, se estableció, en un momento dado, entre aquellos distintos elementos y la forma precisa en que aquella indiscutida relación cristalizó.

Como resumen conclusivo a estas reflexiones, me permitiría subrayar los rasgos definidores de los nuevos métodos de investigación histórica tal como los hemos contemplado en la breve revisión que aquí finaliza. Ellos serían: 1) la adscripción, más o menos estrecha, a un concepto o teoría general del sistema social y su evolución, de la que deducen las formas mismas de la investigación, cuando no los temas; 2) la conciencia de que en el dominio de las Ciencias sociales, la complejidad y variabilidad de su objeto obstruye, salvo cuando se aplica a cuestiones deliberadamente limitadas, la adquisición de un conocimiento total y definitivo, lo que, por un lado, significa que en ese ámbito hay que renunciar a las verdades absolutas definitivamente adquiridas de un solo golpe en favor de la teoría de la verdad-proceso, y, por otro, derivado inmediatamente de lo anterior, implica el empleo de teorías y modelos que no escapan al estatuto de hipótesis que continuamente pueden y deben ser verificadas y modificadas; 3) el sentimien-do de la necesidad —y de ahí, la puesta en práctica— de una relación interdisciplinar, que amplía informaciones y enriquece métodos, y un trabajo en equipo que afronta temas de investigación extensos y complejos, impensables por ello para un trabajador individual, capaces de iluminar con mayor seguridad grandes procesos de la historia de la sociedad; 4) el prestigio de un riguroso tratamiento lingüístico y matemático de la información histórica, a la que se aspira a someter a aquéllos de forma sistemática, cualesquiera sean la época o el tema objeto de estudio; 5) la generalizada aplicación de la técnica cartográfica como medio altamente expresivo para transparentar, e incluso integrar, sistemas de relaciones entre hechos de distinta índole; y 6) la convicción, más sentida que ejemplificada, de la necesidad de una integración interpretadora y dinámica del acontecer global histórico, capaz de resolver con idéntica sensibilidad y conocimiento los difíciles, confluyentes y omnipresentes problemas de los ritmos, escenarios y protagonistas de la Historia.

Orientaci3n Bibliogr3fica Sumaria

1. El viejo y siempre joven manifiesto de Lucien FEBVRE, *Combates por la Historia*. Barcelona, Ariel, 1970.
2. Sobre las bases epistemol3gicas de las Ciencias sociales y, en especial, la historia:
Karel KOSIK, *Dial3ctica de lo concreto (Estudio sobre los problemas del hombre y el mundo)*. M3xico, Grijalbo, 1967.
Adam SCHAFF, *Historia y verdad (Ensayo sobre la objetividad del conocimiento hist3rico)*. M3xico, Grijalbo, 1974.
3. Sobre la creaci3n y aplicaci3n de teor3a y modelos en la investigaci3n en Ciencias sociales:
Mario BUNGE, *Teor3a y realidad*. Barcelona, Ariel, 1972.
Richard S. RUDNER, *Filosof3a de la Ciencia social*. M3drid, Alianza, 1973.
Arthur STINCHCOMBE, *La construcci3n de teor3as sociales*. Buenos Aires, Nueva Visi3n, 1970.
4. Sobre m3todos de acercamiento a la realidad hist3rica y de tratamiento del material testimonial de la misma:
Dial3ctica y estructuralismo, volumen colectivo con aportaciones de Mouloud, Dubois, Parain, Seve, etc. Buenos Aires, Orbelus, 1969.
Las estructuras y los hombres, volumen que recoge los textos de discusiones sobre el tema con aportaciones de Zazzo, Martinet, Labrousse, Goldmann, etc. Barcelona, Ariel, 1968.
¿Qu3 es la historia cuantitativa? re3ne los textos de los art3culos definidores del m3todo cuantitativista de Jean Marczewski y Pierre Vilar. Buenos Aires, Nueva Visi3n, 1973.
Las dimensiones del pasado. Estudios de historia cuantitativa, recoge las aportaciones de Landes, Linz, Tilly, etc. Madrid, Alianza, 1974.
Roderick FLOUD, *M3todos cuantitativos para historiadores*. M3drid, Alianza, 1975.
Witold KULA, *Problemas y m3todos de la Historia econ3mica*. Barcelona, Pen3nsula, 2.ª edici3n, 1974.
Pierre VILAR, *Historia marxista, historia en construcci3n. Ensayo de di3logo con Althusser*. Barcelona, Anagrama, 1974.
5. Sobre el necesario enriquecimiento a partir de la perspectiva interdisciplinar y los ritmos del tiempo hist3rico:
Tendencias de la investigaci3n en las Ciencias sociales, volumen colectivo con aportaciones de Piaget, Mackenzie, Lazarsfeld, etc. Madrid, Alianza, 2.ª edici3n, 1975.
Fernand BRAUDEL, *La Historia y las Ciencias sociales*, reuni3n de art3culos. Madrid, Alianza, 1968.
6. El desarrollo, conceptual o pr3ctico, de los nuevos m3todos:
Rudolf REZSOHAZY, *Th3orie et critique des faits sociaux*. Bruselas, la Renaissance du Livre, 1971 (Itinerario sistem3tico, a nivel de manual universitario, de la pr3ctica investigadora: de la teor3a inicial a las explicaciones finales).
Manuel TUÑ3N DE LARA, *Metodolog3a de la Historia social de Espa3a*. Madrid, Siglo XXI, 2.ª edici3n, 1974.
Pierre VILAR, *Crecimiento econ3mico y an3lisis hist3rico*, recogido en *Crecimiento y desarrollo, Econom3a e historia, Reflexiones sobre el caso espa3ol*. Barcelona, Ariel, 1964, p3gs. 23-138.
Emmanuel LE ROY LADURIE, *Le territoire de l'historien*. Paris, Gallimard, 1973.
La revista "Annales E.S.C.", sobre cuya trayectoria ha reflexionado agudamente Josep FONTANA, *Ascens i decad3ncia de l'escol dels Annales, "Recerques"*, 4, p3gs. 283-298, sigue ofreciendo en cada n3mero excelentes muestras de la aplicaci3n de los nuevos m3todos y t3cnicas de investigaci3n hist3rica.